

Ariel Patrimonio

Josep Ballart Hernández
Jordi Juan i Tresserras

Gestión del patrimonio cultural

Ariel

Otros
M.^a I
Pedal
Barry
Manu
José
Intro
patri
Neil
Esra
Miami
Intro
Fran
y col
Marl
Ignar
Arqu
Jose
Cas
Jose
El p
valo
Ant
Man
piet
José
Mus
Ami
Ges

CAPÍTULO 2

PATRIMONIO Y MUSEOS EN LA HISTORIA

En este capítulo no se pretende compilar una historia sistemática del patrimonio y los museos, tarea harto difícil y comprometida, la labor de cualquier caso escaparía al reducido espacio de que disponemos en este libro. Sólo se pretende introducir la idea de la importancia que tiene la perspectiva histórica para abordar la problemática del patrimonio en nuestro tiempo, resaltando del pasado los acontecimientos más significativos, algunos nombres propios y las tendencias o movimientos colectivos que no podemos pasar por alto. Historia es conocimiento, podríamos resumir, conocimiento necesario en cualquier visión de conjunto sobre una realidad como la que pretendemos ofrecer aquí. Ciertamente una historia del patrimonio no equivale a una historia del coleccionismo. Como muy bien dice Llorens Prats (1997), «los tesoros de los monarcas de la antigüedad, las bibliotecas de los monasterios benedictinos o los gabinetes de curiosidades ilustrados son realidades distintas entre sí y distintas de lo que hoy entendemos por patrimonio». Sin embargo, cualquier colección, cualquier museo, sólo pueden explicarse a través de su historia. Por ello aunque seversal de los temas suscitados, hemos procurado resaltar la idea de las distintas funciones y significados que tiene lo que hoy llamamos patrimonio para las gentes de distintos momentos del pasado. A pesar de todo, nuestra limitada pretensión al abordar este capítulo nos hace caer seguramente en esquematismos y simplificaciones que no querríamos. Cuando en el título de los apartados principales hablamos de formación y después de eclosión de la conciencia patrimonial, a efectos de estructuración de los contenidos, estamos refiriéndonos en un caso y en el otro a la existencia constatada de realidades tales como la conservación y el uso de elementos del pasado, presumiendo en cualquier caso de que tales conciencias tienen un contenido y un alcance distintos. Es como en historia, cuando se habla de orígenes de la civilización y luego de plenitud. No existe, obviamente, una supuesta fase inicial y una supuesta fase final de un proceso único, que además aquí se contemplaría desde una perspectiva mayormente eurocentrista. Desde nuestra perspectiva histórica de principios del siglo XX XXI

intensas vivencias del tiempo histórico, representa un punto significativo de inflexión, un gozne, que nos sirve para articular un discurso que hemos dividido en dos partes, una más lejana y otra más próxima a nuestras realidades y sensibilidades.⁸

2.1. Tiempo histórico y conciencia patrimonial

El tiempo histórico es el tiempo que pasa, aquel del que tenemos conciencia de que transurre que se contrapone al tiempo que perdura, el presente eterno. Determinadas civilizaciones primitivas sólo conocen el tiempo que perdura, del que erraban los mitos y determinadas formas de expresión ritual propias de una cultura circular. Aquí el individuo vive una existencia grupal poco diferenciada en un mundo en el que nunca pasa nada (por contraste con nuestro mundo), cosa que convierte en innecesaria toda conquista individual del futuro, integrándose el individuo en el medio de una forma tal que lo hace difícilmente distinguible del entorno. La conciencia del paso del tiempo va ligada, en cambio, al descubrimiento de la autonomía del ser humano y de su destino singular. Es este tomar conciencia de la existencia de uno mismo y del grupo lo que da paso al sentido de la historia. El tiempo histórico adquiere su pleno sentido en la noción de cambio de la que se desprenden indefectiblemente dos nociones opuestas: progreso y retroceso. Filósofos y profetas han oteado ese futuro nacido del progreso y allí han plantado sus utopías sobre el Estado y la sociedad, como, por ejemplo, Platón o Aristóteles. Otras veces la vuelta al pasado se ha impuesto ante el vértigo de lo venidero. En ocasiones el pasado absolutizado se ha reinterpretado a la luz del presente con esperanza y quizás con nostalgia.

En cualquier caso sin tiempo histórico no hay conciencia patrimonial (en el sentido de legado material). Sólo cuando existe una clara percepción del paso del tiempo y su repercusión sobre las personas y las cosas, empieza a adquirir sentido conservar los testimonios acumulados, los relatos épicos y hagiográficos, los memoriales. Por eso no es extraño que junto a los relatos históricos aparezcan al mismo tiempo las bibliotecas para guardar tales relatos, los archivos para recoger los demás documentos escritos, y los museos para conservar los objetos más preciados al tiempo que se levantan monumentos a la memoria de seres humanos singulares. Archivos, bibliotecas y museos adquieren carta de identidad al unisono en la historia. Pero la noción de paso del tiempo no adquiere su verdadero sentido sin la noción de espacio, puesto que el tiempo precisa del soporte físico del espacio para poder aferrarse. Las civilizaciones históricas han tendido a crecer y ampliar el espacio ocupado, transformándolo y llenándolo de sus creaciones materiales, sus objetos. Sin delimitación del espacio geográfico, dimensión asociada a las perspectivas de

8. En todo caso defendemos la hipótesis de que a mayor conciencia de la historicidad del ser humano, mayor interés por conservar el legado histórico material.

reproducción, continuidad y progreso, no hay plena conciencia del paso del tiempo. Históricamente, fue Alejandro el Magno quien con sus conquistas, acompañadas de grandes aportes de riqueza y trofeos, seguramente propició para Occidente una definitiva dimensión del espacio que faltaba para sentir con toda su plenitud el paso del tiempo.

Cuando el ser humano designa a determinados objetos como merecedores de un futuro, está intentando fijar en esos objetos el tiempo que se escurre. Por eso podemos decir que patrimonio son huellas del tiempo que pasa, recogidas en trazas físicas perdurables, o, lo que es lo mismo, tiempo encapsulado que se hace presente en la materialidad del testimonio conservado, que sirve de puente entre el pasado y el futuro. Al favorecer el tránsito del pasado al futuro y viceversa, el patrimonio adquiere un valor superior; por eso afirmamos que es herencia y memoria que no podemos permitirnos el lujo de dilapidar, porque debe servir al porvenir.

2.2. Factores históricos del coleccionismo universal

Acabamos de citar la noción designar. Los seres humanos separan determinados objetos del resto para conservarlos y proceden a reunir grupos de objetos especialmente designados a los que se adscribe un determinado significado relacionado con el paso del tiempo. A esa práctica tan universal y antigua la podemos llamar coleccionismo cuando se refiere a los objetos muebles, a falta de otra mejor. Esa forma de actuar del ser humano desborda a menudo el campo en el que se desenvuelven las nociones de herencia y memoria, aunque de alguna forma u otra todo coleccionismo se asocia a la noción de tiempo (conservar, no dejar morir o desaparecer, alcanzar la eternidad). Parafraseando a George Steiner, podríamos decir que los objetos del coleccionista encarnan la ficción suprema de una posible victoria sobre la muerte. El coleccionismo se asocia a patrimonialización cuando predomina el sesgo público o colectivo. Existen unos factores de fondo que explican el ansia coleccionista y conservacionista de la humanidad, que apenas se diferencian de Oriente a Occidente y que persisten desde el pasado más remoto para llegar al presente más actual, aunque hay que insistir que no todas las sociedades han practicado necesariamente formas de coleccionismo como las que conocemos en la cultura occidental.

El elemento que más ha pesado históricamente en el fenómeno del coleccionismo ha sido quizás la búsqueda de la trascendencia. Las reliquias constituyen en este sentido el ejemplo más claro, porque en su doble naturaleza de testimonio y misterio han seducido a los seres humanos desde la más remota antigüedad. Setas, iglesias y religiones han conservado las reliquias de sus santos así como numerosos objetos rituales y sagrados. Tanto en el Japón budista como en la China confucianista o en la Europa romana pagana existieron receptáculos cerca de los lugares de culto para albergar y exponer públicamente ofrendas y reliquias

que prefiguran lejar,amente esta institución relativamente moderna que llamamos museo.

A veces es difícil distinguir entre mera acumulación de objetos valiosos y coleccionismo. Acumulación indica ansia de posesión, apego a cosas materiales y exteriorización de determinadas capacidades o poderes. El coleccionismo además de reproducir los rasgos y los beneficios derivados de la acumulación, implica algo más: el reconocimiento de un orden en los objetos atesorados, orden generador de lógicas internas estructuradoras de significado, y una revuelta contra el deterioro y la muerte de las cosas. La pura utilización de objetos valiosos aparece con peculiar fuerza en distintos momentos históricos camuflando otras posibles finalidades en la intención del recolector. Así se podría hablar, pues, de un preleccionismo que concibe la colección como «tesoro» o como «hucha», en el que la atracción que despierta el oro y las piedras preciosas, las joyas y los objetos raros — hoy quizás también los cuadros de coitados artistas — medida en valor material llega a pesar más que cualquier otra cosa o consideración, formándose el puro atesoramiento en el principal objetivo a perseguir. Un ejemplo de este tipo de comportamiento nos lo proporcionan ciertos usos medievales: al respecto; el tesoro de Carlomagno, conservado durante tiempo en la capilla palaciega de Aquisgrán, representaría seguramente un caso arquetípico.

En tercer lugar, deberíamos incluir un coleccionismo individual que se nutre de curiosidad y sorpresa, de búsqueda y asombro, que obtiene como compensación a tales atributos tan humanos, los beneficios de la gratificación intelectual y sensorial del coleccionista. Aquí el coleccionista busca el trato físico con los objetos y se complace con el estudio de los objetos reunidos y aun en la mera contemplación. Ese coleccionismo puede derivar en fetichismo cuando el yo posesivo se sublima. Las colecciones de los príncipes del Renacimiento muchas veces respondieron a estos móviles, aunque también a motivaciones relacionadas con la ostentación de poder y el prestigio personal. Cercano conceptualmente a este tipo de coleccionismo aparece otro más sosegado y abierto, el coleccionismo científico, es decir, aquel que precisa de la formación de extensas colecciones sistemáticas muy contrastadas para poder llevar a cabo una actividad continuada de investigación. Este coleccionismo que trasciende lo individual está presente en las colecciones de los siglos XVII y XVIII que fundamentaron los principales museos públicos europeos, o en los museos universitarios. Podríamos incluso hablar de un coleccionismo de prestigio que persigue poco más que el reconocimiento social del coleccionista; y hasta de un coleccionismo corporativo, que busca mediante los objetos reunidos fijar elementos de identidad para un colectivo. Muchos coleccionismos modernos son de hecho identitarios, especialmente en la cultura occidental de los últimos dos siglos, cuando la construcción del estado-nación requirió de la contribución de colecciones y museos por su aportación en el terreno de las representaciones simbólicas de carácter identitario.

2.3. La formación de una conciencia patrimonial

2.3.1. LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES DE COLECCIONISMO Y CONSERVACIONISMO

2.3.1.1. *El mundo antiguo*

Las civilizaciones antiguas con sentido histórico — Egipto, Mesopotamia, China, Grecia, Roma — desarrollaron formas de coleccionismo y conservación de patrimonio que, a pesar de los pocos indicios dejados, no podíamos por menos que calificar de impresionantes. Egipto, la primera, nos legó sus monumentos funerarios, verdaderos museos de la muerte (o de la vida tras la muerte) creados para la eternidad. En Larsa, Mesopotamia, descubrimos en fechas tan alejadas como el segundo milenio antes de nuestra era la posible existencia de usos pedagógicos afectando objetos conservados de generaciones anteriores, concretamente copias de inscripciones y gravados antiguos. Los asirios conservaban y exponían en determinados templos y palacios de Nínive trofeos bélicos. Especialmente admirados fueron los procedentes de Egipto, entre los que había estatuas y obeliscos. La tradición mesopotámica de conservar trofeos de guerra y recuerdos de otras tierras adquirió un gran relieve durante el Imperio neobabilónico, cuando en el palacio de Nabucodonosor (siglo VI a.C.) se ubicó un «Gabinete de las maravillas de la humanidad» abierto a la curiosidad de todo el mundo. Exponente del poder de los reyes, debía ser también, como indica el nombre otorgado a este singular «museo», un lugar para el goce de los nombrados y el cultivo de la inteligencia. Geoffrey Lewis (1984) sostiene además, que en esa época los neobabilónicos empezaron a realizar excavaciones en la ciudad de Ur de los caldeos para salvar antiguos tesoros.

La antigua China es un modelo de primera hora en conservación del pasado. Los primeros tiempos del Imperio chino se beneficiaron de la fuerza aglutinante que representa el culto sagrado al pasado, los mitos y fuerzas fundacionales de la civilización: caudillos, filósofos, sabios. Para los antiguos chinos, aun antes de las primeras dinastías, la conciencia del pasado les preparaba para vivir el presente. Por eso coleccionaban con verdadera unión determinados objetos-fetiché de su civilización como las vasijas de bronce rituales, las pinturas o las caligrafías. También los pueblos de Mesoamérica con más sentido histórico, como los aztecas y los mayas, en ese terreno de encuentro entre la ciencia, la tradición y la religión que afecta a tantos coleccionismos, produjeron comportamientos hasta cierto punto parangonables a los sucedidos en el mundo antiguo euroasiático. Las ceremonias colectivas con sus instrumentos y rituales, que tenían como altar y telón de fondo a templos y pirámides (Teotihuacán, Cholula, Palenque), implican un claro sentido del pasado.

Sin embargo, para descubrir en la antigüedad el precedente menos remoto de nuestros museos y monumentos hay que ir a Grecia. También allí los objetos antiguos y valiosos sirvieron a la memoria y al conocimiento, pero dieron a tales usos una forma más elaborada y cercana a la nuestra que otras civilizaciones de la antigüedad: la civilización griega

antigua invención de las instituciones que prefiguraron el contenido y alcance de los museos de nuestros tiempos: *musæion* y *pinakothekai*. Cronológicamente aparece primero el concepto de pinacoteca o galería de pinturas y obras de arte en general. Célebre es la descripción de Pausanias describiendo la galería de pinturas que se encontraba en los Propileos de la Acrópolis de Atenas en tiempos de Pericles, en la que se exponían obras de artistas contemporáneos y se admiraban las pinturas de artistas antiguos. En las salas había vigilantes y no se escatimaba en medidas de seguridad como cerrojos y contraventanas a la hora de cerrar al público. Pero la exposición de objetos valiosos y arte al público debe ser anterior en Grecia. Los templos exhibían tradicionalmente ofrendas votivas bajo las columnas del peristilo y en el pronao, puestas al cuidado de un sacerdote conservador y conscientemente registradas e inventariadas. La ofrenda de esta costumbre hizo concebir un templo específico para tales votivos y atracción de los viajeros, naturalmente *thesaurus*, dedicado a los depositores de tesoros de los pueblos de Grecia. Hoy conservamos reconstruido en el santuario de Delos uno de aquellos receptáculos, el tesoro de los atenienses.

El mítico *musæion* griego, más propiamente helenístico, origen de la palabra moderna que usamos para nombrar a nuestros museos, fue en realidad una institución dedicada íntegramente al conocimiento que desborda nuestra idea actual de museo. Concebido inicialmente por Ptolomeo I Soter en Alejandría en el año 290 a.C., el *musæion* o casa de las musas, fue una verdadera catedral del conocimiento con biblioteca,⁹ templo, observatorio, salas de estudio, reunión y exposición, laboratorio, depósito de colecciones de especímenes naturales y objetos culturales, y jardines botánicos y zoológicos. En el *musæion* las colecciones reunidas no representaban la razón de ser de la institución sino que servían a la investigación y la enseñanza. Se apreciaba el valor de ejemplo de los objetos o especímenes seleccionados, así como el valor de testimonio que podían tener determinados vestigios. El mismo Aristóteles había utilizado habitualmente sus propias colecciones de especímenes naturales para enseñar en su liceo ateniense.

Muy significativo del valor concedido por los griegos al patrimonio legado por el pasado es el hecho de que en la misma época en que funcionaba el *musæion* de Alejandría se estaba elaborando en el mundo helénico una lista de las maravillas de la creación, la lista de las siete maravillas del mundo, que ponía de manifiesto que la seducción por lo antiguo venía de lejos. Las siete maravillas no son un mito sino una eficaz producción de la cultura helenística, que representa la quintaesencia de la idea de patrimonio histórico-artístico traducida en unos objetos seleccionados

9. Bazin nos explica que en otra biblioteca, la Biblioteca de Pérgamo, uno de los grandes focos culturales del mundo helenístico, había una sala de respeto con bustos y estatuas de grandes personalidades históricas de la inteligencia y la cultura que puede pensarse que hacia las veintidós de museo histórico. Esta idea reaparecerá en Italia durante el Renacimiento con las galerías de retratos, y alcanzará con la Biblioteca de El Escorial una de sus realizaciones mayores.

por representar, a la vista de las mentes más influyentes de la época, los hitos mayores de la creación humana, ejemplo y referencia para las generaciones futuras.

Roma sigue los pasos de Grecia. Los romanos heredaron de los griegos la costumbre de conservar en templetes las ofrendas hechas a los altares de los dioses, y la afición por el coleccionismo. Pero Roma concedió especial importancia al coleccionismo privado, desarrollado rápidamente tras la conquista de los estados helenísticos gracias al aporte de los botines de guerra. No se trataba de un fenómeno desconocido, puesto que en el mundo helenístico, al menos desde el siglo III a.C., existía un floreciente mercado de arte y antigüedades. El Imperio se inicia, sin embargo, con políticas favorables al desarrollo de los bienes públicos, por lo que Agripa, uno de los inspiradores de tales políticas, cede al pueblo de Roma sus colecciones de tesoros artísticos para que sean expuestos en el panteón y usados en beneficio de la educación pública. El Panteón de Agripa prefigura así el museo público. Esto sucede al cabo de décadas de expolio sistemático de los pueblos sometidos, al finalizar lo que podríamos denominar la primera gran oleada de expolio de bienes culturales de nuestra era. Luego, Adriano en su villa de Tivoli de más de 18 kilómetros cuadrados construirá el primer «museo» privado al aire libre que conocemos: una colección de recuerdos personales. En Tivoli, el emperador hizo levantar réplicas de construcciones que le habían impresionado en sus viajes por las provincias del Imperio. Para albergar sus colecciones de objetos se hizo construir un edificio diseñado *ex professo* al que denominó *antiquarium*, orientado de forma que se obtuviese el mejor partido de la iluminación natural, por lo que se convirtió en inventor de la «arquitectura de museos» e inspirador de un tipo de edificio para conservación y exposición de obras de arte que se revitalizaría en el Renacimiento.

2.3.1.2. El Occidente medieval

En el Occidente medieval se impone la idea del coleccionismo como tesoro, es decir, la acumulación de objetos valiosos como piezas de oro, joyas, medallas y camaféos, armas, reliquias y curiosidades exóticas dotadas de raros poderes. Tales tesoros constituían para sus propietarios —príncipes laicos y príncipes de la Iglesia— la imagen más conspicua del poder sin merma del carácter simbólico atribuido a muchos de estos objetos. La Iglesia, que reserva los objetos más bellos y ricos para la liturgia, fue la institución que mejor entendió las virtualidades de este coleccionismo y la que lo practicó de forma más sistemática y coherente. Además, descubrió en las reliquias un tipo de objeto acumulable especialmente valioso no sólo por su poder sanador, sino también por su simbolismo y poder evocador. Las Cruzadas que, bajo el señuelo de la Vera Cruz, lanzaron a las gentes a la conquista de Jerusalén, sirvieron para traer a Europa botines considerables, como los famosos leones de la plaza de San Marcos en Venecia. Estos y otros trofeos expresaban el poder de la institución y la superioridad de las armas de la cristiandad frente al infiel.

El lugar apropiado para la conservación de los tesoros de la Iglesia era bajo el ábside de los templos o en las esquinas de los claustros de los monasterios. En determinados sitios se buscó en el interior de los templos un lugar recóndito e inaccesible, la cámara santa, como la que existe en la catedral de Oviedo, que entre otras reliquias guardaba las siguientes joyas: dos espaldas de la corona de la pasión de Cristo, un pedazo del bastón de Moisés, una sandalia de san Pedro, la piel incorrupta de san Bartolomé, así como la cruz de madera de roble adornada con gemas, que don Pelayo enarbó en Covadonga.

El valor histórico concedido a los objetos antiguos varía. La época de Carlomagno revaluó ciertos objetos en base a una idea determinada de imperio, por ejemplo. Los monumentos también sufren una suerte diversa: a veces se destruyen por paganos, pero otras veces se conservan y protegen. Los peregrinos que viajaban a Roma, Santiago o Jerusalén, no siempre pasaban de largo frente a los restos de la antigüedad: la nostalgia por el mundo antiguo perdido aflora a menudo, como cuando en 1162 la columna de Trajano recibe especial protección. En la Baja Edad Media ya se constata el renacimiento del coleccionismo de antigüedades, mientras sigue creciendo la compraventa de reliquias.

2.3.2. LA CONTRIBUCIÓN DE LA EUROPA MODERNA

2.3.2.1. El Renacimiento y el legado del humanismo

Con el Renacimiento se produce un primer desfase significativo con el pasado que tiene consecuencias notables. Los patrones medievales de pensamiento se empiezan a dejar de lado para trabajar con ideas frescas. Se empezó por leer e interpretar la antigua sabiduría directamente y no por medio de intermediarios y, tal como había sugerido Roger Bacon, practicar la observación directa de los fenómenos. El humanista siente que rompe con las inercias de la historia y al liberarse descubre el papel de la civilización, no ya en la construcción del pasado sino también en la construcción del presente. Por eso en esta época se consolida la periodización en edades de la historia: antigua, medieval, moderna, y por eso mismo la modernidad del Renacimiento se caracteriza por un enorme sentido de presente. Empieza a cuajar una determinada concepción de la historia como progreso cíclico, con la antigüedad como uno de los puntos álgidos, en trance de reproducirse en los momentos presentes. La percepción de las diferencias entre un punto del ciclo y otro se traduce, en lo que respecta a las actitudes hacia los vestigios del pasado, en una postura selectiva que entroniza los testimonios de los tiempos antiguos. Las ruinas de Roma son asiduamente visitadas, las inscripciones copiadas, ciertos edificios conservados, descritos, medidos y dibujados. Tales restos tenían un interés moldeable y las necesidades de aquel presente: reutilización, imitación, estímulo a la inspiración. Por eso no es extraño que edificios de nueva construcción integran fragmentos de edificios antiguos o que se homenajeara

las obras antiguas por la vía del revivalismo sin parar mientes en el grado de destrucción a que se sometía parte del patrimonio. La cultura material era considerada sobre todo por su belleza y la información textual que contenía, por lo que se privilegió la conservación de inscripciones, monedas, lápidas y obras de arte. La práctica coleccionista devino un asunto privado muy propio de todo auténtico caballero, concitando intereses muy extendidos que iban del arte a la historia sin olvidar las maravillas de la naturaleza.

El antropocentrismo humanista aliado a la nueva visión sobre el pasado, con la contribución del poder económico, fomentó en el siglo XV un coleccionismo de caballeros que reunía a representantes no sólo de la aristocracia, sino también de la burguesía, y que tuvo en la familia florentina de los Medici a su arquetipo. Las generaciones de los Medici, que van de Cosme el Viejo al gran duque Francesco, representan la transición definitiva entre las viejas formas del coleccionismo —público, colectivo y clerical— y las nuevas, caracterizadas por el dominio de lo privado, el contenido laico y el objetivo de enriquecer personalmente a sus practicantes. Los Medici adecuaron mejor que nadie las viejas prácticas de atesoramiento con las nuevas concepciones sobre el coleccionismo que reactualizaba las visiones sobre el pasado, reclamando nuevos usos para los objetos de ese pasado. ¿Fueron entonces los Medici los creadores, en su palacio florentino de vía Larga, del primer museo de los tiempos modernos? Así lo avallan hechos como la significación de los objetos reunidos, tanto antiguos como contemporáneos, y el dato de que los objetos reunidos, tanto antiguos como contemporáneos, fueron quienes por primera vez, utilizando el término griego que señalaba el lugar de las musas, denominaron a su colección privada museo, contrataron a un conservador y admitieron visitas, que más que nada servían para glorificar al propietario. Más tarde, Francesco de Medici trasladaría las colecciones familiares a un edificio que formaba parte del nuevo complejo de palacios desde los cuales se gobernaba el Estado, los Uffizi, ocupando hacia 1581 el piso superior, que había sido habilitado y decorado expresamente por Vasari para realizar una función tan especial.

Al brillo de Florencia siguió el de Roma, con su corte papal que a principios del XVI quiso mostrarse como la verdadera heredera política y cultural del imperio y pretendió monopolizar el próspero comercio de antigüedades. Julio II inició las colecciones papales que llevarían, siglos mediante, a la creación de los museos vaticanos. El grupo del *Laocoonte* presidió durante muchos años el conjunto de estatuas plantadas en los jardines del Belvedere convertidos en galante galería abierta de antigüedades.

2.3.2.2.

La curiosidad precientífica y las primeras grandes colecciones europeas

Italia, fundamentalmente en los siglos XV y XVI, y otras partes de Europa a lo largo del siglo XVI propiciaron el florecimiento de distintas formas de coleccionismo que dieron lugar a una variada tipología de espacios y

conceptos para el trato con las colecciones, que prefiguró en algunos casos los futuros tipos de museo. Tal eclosión conllevó el uso de distintos nombres para designar, en algunos casos, cosas parecidas. Así, los nombres de *theatrum*, galería de pinturas, galería de retratos, museo, gabinete de curiosidades (*Kunstkammer*), cámara de maravillas (*Wunderkammer*), gabinete de antigüedades, *studiolo*, *antiquarium*, *nymphoe*, tesoro, etc., aparecen designando colecciones privadas en distintos puntos de Europa. Estos espacios para las colecciones privadas han a discursos bien elaborados, llenos de significado para sus propietarios, mostrando, a través de su organización interna, de las interrelaciones entre las partes (deudoras de una lógica sólo perceptible a los ojos del coleccionista y su círculo de iniciados), una manera coherente de contemplar el mundo.

Las experiencias concretas de determinados coleccionistas nos sugieren incipientes desarrollos de prototipos museísticos. Así, recordamos entre los anticuarios-arqueólogos a un Niccolò Niccolini, que vivía en su casa de Florencia literariamente envuelto de antigüedades, sin llegar nunca a construir un espacio específico para albergarlas, en la que recibía a Ghiberti o al mismo Cosme de Medici. O a Mantegna, el pintor arqueólogo propietario de un gabinete de antigüedades, convertido en un anticuario muy influyente que reflejó en sus pinturas de encargo sus preferencias como coleccionista. Un ejemplo de colección miscelánea de la época lo proporcionan las posesiones del influyente cardenal Mendoza en la España de los Reyes Católicos. El obispo Gravio, en cambio, apunta a los fundamentos del museo de historia con su templo de la Fama. Hacia 1520 reunió en Como una galería con 280 retratos de personajes ilustres, clasificados en tres grupos: poetas y eruditos desaparecidos, poetas y eruditos vivos, y artistas y líderes políticos de todas las épocas. Era una colección de carácter histórico, reunida como tributo a la memoria de los «grandes hombres», que mostraba una visión personal sobre la forma de escribirse la historia, que habría de tener una gran repercusión, influyendo en monarcas y príncipes de toda Europa. Las galerías de retratos y las pinturas de batallas que asoman hacia mediados del XVI en los palacios de los príncipes del Renacimiento muestran el primer desarrollo del museo de historia.

Uno de los paradigmas del coleccionismo del Renacimiento es el gabinete de curiosidades. Francis Bacon decía de ellos que debían llenarse de cosas que la mano del hombre por medio de su arte e ingenio llegase a transformar en objetos dignos de la curiosidad, fuese por la forma de los materiales o el movimiento que mostrasen. Y así fue; de naturaleza enciclopédica, los gabinetes contenían particularmente colecciones de objetos de origen natural que habían sido modificados a mano con el fin de transformarlos en trofeos, en una especie de homenaje a la pericia y la habilidad humanas. Julius von Schlosser estudió algunos de estos objetos pertenecientes a las colecciones de los Habsburgo¹⁰ austriacos, como

10. Destacan las colecciones del arquitecto Fernando II de Habsburgo, primo de Felipe II de España. Siendo gobernador del Tirol este príncipe organizó en el castillo de Ambras en 1563 un complejo extraordinario. Distribuyó sus colecciones en cuatro edificios interconectados,

ciertos corales trabajados en forma de animales mitológicos montados sobre cajas decoradas con pedrería, etc. No hay duda que para sus propietarios constituían la muestra más elevada de las relaciones existentes entre naturaleza y actividad humana, asociadas ambas para producir los objetos más seductores, tanto a la vista como para la inteligencia, toda vez que representaban la unidad existente entre todas las cosas de la Creación.

La Italia manierista realizó una interpretación muy interesante de la cámara de las maravillas centroeuropea,¹¹ de la cual conservamos, quizás, el ejemplar más representativo, el *studiolo* que hacia 1570 creó el gran duque Francesco I Medici en su palacio de Florencia. Este Medici, unos años antes de enviar el grueso de sus colecciones a los Uffizi, inventó un pequeño espacio cerrado, profusamente decorado, concebido para su uso privado y secreto, donde reunió elementos de la naturaleza —*naturalia*— y muestras del arte humano —*artificialia*—, que interpretaban curiosas relaciones, constituyendo un microcosmos perfectamente ordenado y coherente que representaba la imagen del mundo que se había forjado y dueño. Signo de los tiempos, Pirro Ligorio, arquitecto del Papa y autor de un libro sobre las antigüedades de Roma, también creó en la misma época su propia visión del cosmos, esta vez en un gran espacio al aire libre: los jardines de Villa-Este en Tivoli. Resultó una representación marcadamente manierista que incluía reproducciones de algunas de las siete maravillas de la antigüedad, con lo que Ligorio fundía el mito con la arqueología y las artes prácticas.

Paralelamente, las grandes casas reales de Europa se iniciaban en el coleccionismo. Es interesante ver cómo los monarcas del Renacimiento produjeron en sus posesiones parecidos esquemas conceptuales y organizativos. No en vano Alberto V de Habsburgo, duque de Baviera, se hizo con los servicios de Samuel van Quicheberg, un médico flamenco que fue el primero en publicar (1565) un tratado sobre la manera de organizar colecciones de carácter enciclopédico reunidas en gabinetes o cámaras de maravillas, recomendando principios sistematizadores. Vemos cómo la colección de libros o biblioteca tenía su trasunto en la colección de armas o la letra. A veces existía un espacio diferenciado para los trofeos de guerra y no faltaba en palacio una galería de pinturas y un *antiquarium*. Finalmente, en lo más profundo de las posesiones del monarca existía al uso privativo, conteniendo las joyas más preciadas obtenidas como coleccionista.

albergando los tres primeros la armería, el tesoro máspreciado de un príncipe como tal, y reservando el cuarto para su gabinete de curiosidades.

11. La cámara de las maravillas, como el gabinete de curiosidades, representa la expresión simbólica de una aspiración de dominio sobre la Creación, como hemos visto. Sentado frente a los armarios y cajones que la equipaban, que contenían los objetos más diversos, el artefacto de este espacio recóndito se siente poseedor de las llaves que abren las puertas del cono.

Tan en Francisco I de Francia, que juntó en Fontainebleau una gran colección, como Carlos I de España y sobre todo su hijo Felipe reunieron grandes colecciones, sin olvidar a sus familiares austriacos ya citados (el duque de Baviera y Ferrando del Tiro). La colección de pinturas del rey Felipe de España llegó a ser la mejor de Europa y su armería, trasladada en 1562 a un nuevo edificio frente al Alcázar Real de Madrid, el lugar ideal para escenificar el poder de la monarquía. En el mismo Alcázar, el rey poseía en la llamada cámara del tesoro una verdadera cámara de las maravillas en la que destacaban los instrumentos científicos (relojes, astrolabios, autómatas...) y numerosos objetos curiosos y raros, de origen natural o realizados por mano humana. Sin embargo, Felipe II creó un nuevo ombligo desde el que posicionarse para dominar el mundo: El Escorial. Allí trasladó parte de sus colecciones que articuló físicamente alrededor de una extraordinaria biblioteca. Centro de un universo coherente que el rey presidía, en la biblioteca de El Escorial vinieron a coincidir saber científico y pensamiento humanístico: libros, pintura, retratos de grandes personalidades, objetos científicos, antigüedades, especímenes naturales, dando forma al mejor destino «museístico» que pudiera imaginarse en la Europa de su tiempo.

2.3.2.3. La época de la Revolución científica

Los principios de la Revolución científica hacen cambiar las formas del coleccionismo y las actitudes de los coleccionistas. El espejismo de una visión arrobada del mundo se desvanece, mientras se rompe la concepción unitaria del conocimiento que prevalecía hasta el siglo XVI. Se abre, pues, el camino hacia una especialización que confiere estatus destacado a tres grandes áreas de conocimiento, objeto de especial dedicación coleccionista: arte, historia/arqueología y ciencias de la naturaleza. El dominio de las ciencias de la naturaleza es el que evoluciona más consistentemente en la dirección de considerar a los especímenes naturales como documentos que hablan sobre las realidades del mundo físico. Así, el jardín botánico se concibe como una herramienta para la producción de conocimiento científico, tal como Ulises Aldrovandi se encarga de demostrar mediante el suyo de Mantua. Si el jardín de Aldrovandi es clave para la historia del coleccionismo científico en Italia, la colección de plantas (muchas de ellas traídas de América) y el jardín sevillano del doctor Monardes destacan por llevar a su cumbre la tradición mediterránea del *hortus* con valor médico-científico. Pero parece que es en el norte de Europa donde más rápidamente progresa el coleccionismo científico a partir de mediados del siglo XVII, con ejemplos alemanes, holandeses y escandinavos que siguen los empeños metodológicos de pioneros como Konrad von Gesner, autor en 1565 del catálogo de una colección de historia natural de Dresden, o el danés Olaus Worm.

De forma parecida, los objetos creados por el ser humano tenderán a ser apreciados no sólo por sus valores estéticos sino especialmente como testimonios de la evolución de las sociedades. El interés por los testimonios

materiales auténticos y su análisis crítico aparece ya a finales del XVI. Ambrosio de Morales y Antonio Agustín ejemplifican perfectamente al erudito renacentista que lee críticamente los restos físicos del pasado. Arqueólogos anticuarios como Maffei, Caylus o Montfaucon siguen la senda trazada y reivindican a principios del siglo XVIII el estudio directo y metódico de los restos materiales para hacer avanzar el conocimiento histórico.¹²

La era del método científico debía progresar con la ayuda del conocimiento taxonómico, por lo que la labor de los coleccionistas científicos se orienta a establecer series morfológicamente similares y presentarlas según los rasgos físicos que evidencian. Linneo, tras arduos años de trabajo en sus colecciones, publica en 1735, en Upsala, su sistema de clasificación para los especímenes del reino vegetal. De modo parecido, los especialistas en arte persiguen establecer pautas significativas en la presentación de las creaciones artísticas, decantándose hacia mediados del XVIII por la exposición según «escuelas». Así lo hace Chretien de Mechel, quien ordena por escuelas, «en favor más de la instrucción que del placer»,¹³ las colecciones de la familia real en el castillo del Belvedere de Viena. Tales labores de ordenación y estudio requieren de infraestructuras mayores que las habituales hasta entonces y de verdaderos especialistas. No cabe duda de que el coleccionismo va adquiriendo una dimensión que sobrepasa las posibilidades de las individualidades. Asociaciones como la de los Anticuarios de Londres, fundada en 1718, muestran una preocupación gremial por la conservación del patrimonio. El coleccionismo no sólo deja de ser un negocio privado y privativo para abrirse a unas elites ansiosas de conocimiento, sino que también va requiriendo, más allá de las asociaciones privadas, de la intervención de instituciones complejas como sociedades y academias, e incluso del propio Estado.

Fueron los Medici en 1650 quienes fundaron la primera sociedad de sabios, la Academia del Cimento. Su labor en una Italia en decadencia quedó oscurecida por la de instituciones emergentes parecidas surgidas pronto en otras partes de Europa, como, por ejemplo, la Royal Society. Bajo iniciativa privada civil, en 1660 nacia en Londres la Royal Society. Su trayectoria es muy ilustrativa: las ingentes colecciones de historia natural que reúne sirven de base para un estudio científico de la naturaleza que aspira, a partir de establecer un sistema clasificatorio lo más completo y universal posible, a un conocimiento objetivo de la realidad. Su éxito es su fracaso, puesto que un siglo después ya no es capaz de mantener sus colecciones, por lo que se ve obligada a cederlas a un flamante Museo Británico. La universidad europea va a la zaga de las academias. En 1671, el Ayuntamiento de Basilea compra una colección privada para cederla a la

12. Bernard de Montfaucon, por ejemplo, se dio cuenta de que hacía falta en Francia documentar antes la arquitectura del pasado. Para ello viajó por todo el país y llegó a reunir una gran cantidad de imágenes de edificios antiguos que le permitieron publicar entre 1725 y 1735 cinco volúmenes de gravados sobre lo que llamó los monumentos de Francia.

13. Las citas como ésta referidas a autores no contemporáneos sin acompañamiento de justificación de procedencia han sido obtenidas de fuentes secundarias.

Universidad, con lo que se funda el primer museo universitario con colecciones destinadas a un uso científico-educativo directo. El patrocinio privado beneficia a la Universidad de Turín que recibe la colección de arqueología del anticuario Maffei, y también a la Universidad de Oxford que reúne en 1683, para formar lo que será el primer gran museo universitario abierto al público (*Ashmolean Museum*), las colecciones de dos particulares: la de los hermanos aventureros Tradescant y la del sabio Elias Ashmole.

2.3.2.4. *La aurora de la modernidad*

El siglo XVIII es el siglo de la razón y del nacimiento de la gran utopía del progreso. Razón y progreso se relacionan necesariamente con un claro sentido de la historia, puesto que la seductora idea de que la humanidad progresa por sí misma emana de una nueva clarividencia que nada tiene que ver ya con la teología sino sólo con la filosofía y la historia. Por lo tanto, el Siglo de las Luces se inaugura con una conciencia mayor sobre la importancia del cambio histórico para la evolución de las sociedades. Pensadores como Vico, Voltaire o Turgot rechazarán una visión providencialista de la historia para abrazar un pensamiento histórico basado en la razón que pivotará sobre la idea de la historicidad del ser humano, inseparable de su naturaleza humana. La importancia del estudio de la historia, que utilizará con largueza, además de documentos escritos, monumentos y restos arqueológicos,¹⁴ residirá en su valor para explicar el progreso de las distintas sociedades. La búsqueda de la verdad histórica, tarea que emprenden distintas academias como la de los Desconfiados de Barcelona en 1700 o la de la Historia en Madrid a partir de 1736, será una obsesión de los tiempos y deberá contar con ayudas tan decisivas como la realización de inventarios de monumentos, la reunión de colecciones de antigüedades y la excavación de lugares con restos arqueológicos.¹⁵ Dos grandes destinos arqueológicos brillan con luz propia durante el siglo: Pompeya y Herculano en Europa y las antiguas ciudades precolombinas en América.¹⁶ En ambos lugares las evidencias descubiertas dan lugar, casi

14. El científico español Antonio de Ulloa escribía en 1772: «Las memorias de la antigüedad son las demostraciones verdaderas de lo que fueron las gentes en los tiempos a que se refieren; por ellas vienen a averiguarse lo que alcanzaron, el modo como se manejaron, su gobierno y economía... Sin los monumentos, que a pesar de la ruina de los tiempos se conservan en alguna parte, no habría documentos formales de donde inferirlo.»

15. La labor de las academias es recompensada por el Estado, que las convierte en sus agencias para la vigilancia y conservación del patrimonio. En España, una Real Cédula de 3 de junio de 1803 encomendó a la Academia de la Historia la conservación de los monumentos del reino, trabajo que conlleva la apertura de un registro de monumentos y la realización de una descripción de los monumentos inventariados. Por su parte, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, creada en 1773, se encarga de aprobar las obras de arte que se instalan en los lugares públicos, mientras realiza actividades de coleccionista y supervisa la creación de algunos museos de objetos artísticos.

16. Durante los siglos XVII y XVIII no son raras las expediciones en los virreinos de México y Perú dirigidas a reconocer, estudiar y, en algunos casos, excavar monumentos de la era precolombial. Carlos de Sigüenza y Góngora, por ejemplo, a finales del XVII realiza las primeras excavaciones en la Pirámide del Sol de Teotihuacán. En época de Carlos III se excava Palenque. Nuevas

en paralelo, al nacimiento de la arqueología moderna como procedimiento de investigación del pasado.¹⁷ Historia, arqueología y, claro está, las ciencias que explican la naturaleza. Buffon y Lamarck convierten el Jardín de Plantas del rey en París en una gran institución científica y museística. En Barcelona, en 1740, Josep Salvador abre su colección privada de naturalista al público interesado de la ciudad. Para los Ilustrados el museo, o la colección ubicada en la casa de un aristócrata, en la universidad o en una academia, adquieren el rango de instrumento de la ciencia al servicio de la verdad, en el que se conservan las pruebas y evidencias que sirven al conocimiento, así como las mejores creaciones de la humanidad.

La búsqueda de la verdad sobre el pasado y el presente está relacionada con el surgimiento de una nueva ética civil. La sociedad europea en la Ilustración, las colecciones debían de tener una utilidad pública. Los templos de las artes y las ciencias que eran las academias y sus museos, así como las galerías de arte de los poderosos, debían de abrirse a la sociedad para provecho de las gentes corrientes. Así lo ve Diderot que incluye en las páginas del volumen noveno de la Enciclopedia, publicado en 1765, un proyecto de museo nacional a instalar en el palacio del Louvre. A fines de siglo, las principales monarquías europeas tienen ya proyectos serios de fundación de grandes museos nacionales o reales, sean de arte, historia o ciencias de la naturaleza. Algunas aprovechan las ocasiones para adelantarse, como la británica. En 1759, la monarquía británica apoya la fundación de un museo público de carácter nacional basado en el legado del benefactor Hans Sloane, quien al morir había apelado al Parlamento para que su colección privada tuviera un uso público en el futuro, «para beneficio de la humanidad entera»: el Museo Británico. En el castillo del Belvedere de Viena las colecciones de los Habsburgo se abren por primera vez al público en 1784. Federico II de Prusia no tiene reparos en mostrar los objetos artísticos que guarda en su palacio de Sansouci en Postdam. En España, el rey Carlos III bendice la creación de un Templo de las Ciencias con su jardín botánico y a tal fin se da inicio en 1787 a la construcción de un gran edificio bajo la dirección de Juan de Villanueva: el futuro Prado.

expediciones en México entre 1805 y 1807 llevan al virrey Iturrigaray en 1808 a crear una Oficina de Antigüedades.

17. Los progresos de la arqueología están muy relacionados con el triunfo del neoclasicismo y su empuje por la preeminencia de la razón, la claridad y el orden. Al influir en su eclosión cedente del subseulo napolitano —ruinas de Pompeya y Herculano—, hay que añadir el peso ejercido por grandes depositos de arte e historia como los que se guardaban en el Vaticano y que a mitad del XVIII alcanzan la mayor notoriedad. Pero además el neoclasicismo ensalza el valor de la educación. En 1772 se abrió al público definitivamente la colección de antigüedades del museo Pío Clementino para deleite de eruditos, turistas y aficionados de toda Europa. Si el Papa habría parte de sus colecciones al público, alguna cosa parecida tendrían que hacer pronto los grandes monarcas cristianos europeos.

2.4. La eclosión de una conciencia patrimonial moderna

2.4.1. El siglo de los museos

2.4.1.1. Un siglo que empieza en 1789

En 1790, el anticuario francés Millin acude a la Asamblea Constituyente con la intención de reclamar de los diputados una mayor atención hacia, literalmente, los «monumentos históricos de la nación», en peligro de destrucción debido a los excesos de los revolucionarios que piden cuentas al pasado. La confiscación de los bienes de la Iglesia en 1789, seguida en 1792 de la de las propiedades de la aristocracia huida y de los bienes de la Corona, pone al poder surgido de la Revolución frente a una responsabilidad inédita: seleccionar de entre las obras de arte y los bienes inmuebles convertidos en bienes nacionales aquellos que merecen ser conservados bajo la égira del Estado, por su valor y significación. Una Comisión de Monumentos creada en 1790 elabora rápidamente las primeras instrucciones sobre inventario y conservación de obras de arte y fija las primeras medidas punitivas contra los responsables de atentados a los «monumentos nacionales». Es interesante notar cómo se establece en aquel momento una identificación entre monumentos históricos y monumentos nacionales. Para los nuevos líderes lo prioritario será salvar aquellos testimonios del pasado que mejor reflejen la trayectoria histórica de la nación francesa. Nace, pues, un concepto inédito de patrimonio que designa una forma de posesión simbólica de la colectividad, aquí la nación, sobre un conjunto de bienes que pertenecen por herencia histórica al conjunto de los ciudadanos.

El paso de la salvaguarda de unos bienes a su difusión pública se hace de forma natural. El artículo 22 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano obligaba al Estado a poner a disposición del pueblo los bienes del conocimiento. Tal como había recomendado Diderot se imponía abrir al pueblo los palacios de la monarquía. En 1793 en base a las colecciones reales se crean dos grandes museos nacionales: el Museo Central de las Artes, en el mismo Louvre, y el Museo de Historia Natural, en el real jardín botánico. Pero no todo va a ser tan sencillo. En agosto de 1794 el abate Grégoire denuncia ante la Convención la destrucción que, en nombre de los ideales de la Revolución, se produce en distintos lugares del país: «el respeto público —afirma— ha de rodear de una manera especial a los objetos nacionales, los cuales, no perteneciendo a nadie, son propiedad de todos». La dialéctica entre pasado y presente, entre conservación y progreso, no es ajena al conflicto que el diputado contempla con pesar. La fase exaltada de la Revolución contradice los primeros intentos de salvaguardar un patrimonio que las circunstancias han puesto en el primer plano del debate político. Para muchos revolucionarios, los monumentos lo son sólo «al orgullo, el prejuicio y la tiranía»; para el abate Grégoire, en cambio, los monumentos conforman una riqueza colectiva que es preciso salvaguardar en favor del bien general, puesto que interesan a la memo-

ria colectiva y la identidad nacional. Destruyendo los monumentos y las obras de arte, razona el diputado, sólo se consigue conducir al pueblo hacia la ignorancia y la opresión.

Los principios básicos de una gestión patrimonial, trasunto de una conciencia patrimonial pública que hemos visto despuntar, aparecen en la doctrina que empieza a elaborarse tanto en Francia como en otros países de Europa, a caballo del cambio de siglo. Los objetos históricos y artísticos deben conservarse «para servir a las artes, la ciencia y la enseñanza», reza una nueva Instrucción de la Convención Nacional para la conservación de bienes culturales, fechada en noviembre de 1794.¹⁸ Tal función social y pedagógica es reclamada también desde Berlín por el historiador Aloys Hirt, quien en carta enviada al rey de Prusia en 1798 fundamenta, con las siguientes palabras, el carácter educativo de los bienes culturales: «(las colecciones) —decía— constituyen un patrimonio de toda la humanidad [...] Sólo poniéndolas al alcance del público pueden convertirse en objeto de verdadero estudio, de manera que, con cada ventaja obtenida de esta forma, se obtiene una nueva ganancia para el bien común de toda la humanidad».

2.4.1.2. La importancia del Romanticismo

Con el Romanticismo el patrimonio deviene una forma de sensibilidad. El Romanticismo, que es contemporáneo al gran cambio, al reivindicar las emociones del ser humano, reconcilió las mentes con la memoria y acercó los individuos a la historia. La nostalgia de Dios y de su Iglesia y cierta ansia de sosiego en un tiempo tan acelerado, traspasado por tantos acontecimientos trascendentes, por revoluciones y contrarrevoluciones, contribuyeron extraordinariamente a impulsar un ansia de conocer y experimentar el pasado y la historia, tanto la de los pueblos como la de las individualidades. Alexandre Lenoir reunió a escondidas durante los años revolucionarios, en el convento de los *Petits Augustins* de París, fragmentos de estatuas y lápidas, para fundar el Museo de los Monumentos Franceses, de corta vida pero de gran significación para el futuro de los museos de historia, como reconocería años después Michelet. Chateaubriand reflexionaba comparando el efecto del paso del tiempo sobre los monumentos —las ruinas—, que en cualquier caso consolaban los espíritus, a los efectos ruinosos de la acción de los seres humanos, que siempre resultaba dañina. Fue él quien animó a Napoleón a ordenar un censo sobre los monumentos franceses e invertir importantes sumas para la conservación, particularmente de los monumentos religiosos.

Ello sucedió en paralelo al surgimiento de una nueva seducción por lo exótico y lejano, realidades hechas más acesibles gracias al mismo Napoleón, quien con sus ejércitos de soldados y científicos llegó a Oriente

18. La citada figura humanista del abate Grégoire no sólo interesa por su contribución a la conservación de monumentos históricos y artísticos. Para él las máquinas también tenían que entrar en el museo para contribuir a la difusión del conocimiento e ilustrar los avances del progreso. Su mediación fue decisiva para la creación por aquellos años del Museo de Artes y Oficios.

para extasiarse a la sombra de las pirámides de Egipto. Un nuevo filón aparecía en el horizonte del coleccionismo europeo. Pero la arqueología sería la ciencia que más se beneficiaría de la irrupción de las potencias europeas por el solar de las grandes civilizaciones de la antigüedad. Si Francia se posesionó de Egipto, Inglaterra dominaba los horizontes de la antigua Grecia. Lord Elgin, embajador en Estambul, fue autorizado a estudiar y, en su caso, llevarse fragmentos de los mármoles del Partenón. En 1803 embarcó los célebres fragmentos que, sin embargo, no fueron comprados por el Museo Británico, tras muchas vicisitudes y regateos, hasta 1816. Estos y muchos otros tesoros arqueológicos de la antigüedad empezaban a ser transportados a las metrópolis europeas para enriquecer los fondos de sus nuevos museos nacionales. El Imperio aprendía a degustar el pasado.

Con el Romanticismo pareció que la historia estallaba en multitud de dones. En muchos países, a partir de 1820, eruditos locales y académicos interesados por los monumentos comenzaron a formar sociedades conservacionistas —históricas, arqueológicas, anticuarias—. No sólo se empezaba a descubrir el valor de lo local (anunciado por precursores como Herder, Goethe o Rousseau, valedores del particularismo), así como el carácter distintivo y original del arte medieval en Europa (proclamado por Pugin, Victor Hugo o Pablo Piferrer), sino que aparecían a la luz los mismos orígenes remotos de las sociedades europeas del presente, gracias a la arqueología (con Vedel-Simonen, Thomsen, Boucher de Perthes). Esa generación romántica amante de la historia, que veía en el pasado una larga primavera, desafortunadamente sólo fue capaz de salvar una parte del patrimonio histórico europeo. Efectivamente, las amenazas al mismo crecieron con la contemporaneidad de forma extraordinaria: a las pérdidas físicas experimentadas durante las guerras napoleónicas hay que añadir las confiscaciones realizadas, las desamortizaciones, que dispersaron y repartieron en lotes valiosas colecciones antiguas y, sobre todo, la modernización y el progreso material capitalizados por la burguesía, que el paso de los años y la incipiente industrialización erigieron en verdaderas calamidades para el patrimonio. Un solo ejemplo significativo: hacia 1820 se demole el monasterio de Cluny. Hacia 1825, Victor Hugo reacciona y escribe: «Por más derechos de propiedad que se reconozcan, la destrucción de un edificio histórico y monumental no ha de permitirse a los especuladores, a quienes ciega y deshonra el interés [...] Hay dos cosas a valorar en un edificio: el uso y la belleza. El uso pertenece al propietario; la belleza nos pertenece a todos.»

Una de las fuerzas aliadas del romanticismo que impulsa el movimiento conservacionista es el nacionalismo. Napoleón engrandece el Louvre con la ayuda de Vivant-Denon y lo convierte, rebautizado *Musée Napoléon*, en símbolo de las glorias nacionales. Pero el nacionalismo florece al calor del particularismo en muchos otros países de Europa. La conyuntura histórica es la apropiada: la crisis de las monarquías del Antiguo Régimen y las guerras napoleónicas alimentan el fenómeno. La *Grande Armée* ha retornado de los campos de batalla cargada de tesoros de la cultura y el arte de los pueblos que ha ocupado; sin embargo, sin quererlo ha sembrado a

su paso la semilla del nacionalismo. Al cesar el conflicto napoleónico el patrimonio de los pueblos contribuirá decisivamente en cada lugar a salvar la memoria del pasado y desvelar una conciencia nacional. El Congreso de Viena de 1815 abrió la vía para proceder a una operación sin precedentes de devolución de patrimonio confiscado a sus países de origen. Quatremère de Quincy dio desde el arte un fundamento teórico a la obra de arte, al reclamar el reconocimiento de la naturaleza histórica de la obra de arte, por tanto, su valor distintivo para su lugar de origen. Pero al retornar los tesoros artísticos a sus países de origen, no fueron en muchos casos restituidos a sus antiguos propietarios —rey, aristocracia o Iglesia—, sino que, en nombre de los principios proclamados por la revolución liberal, pasaron a formar parte de los nuevos museos nacionales que se fueron creando.

Así pasó con el *Rijksmuseum* de Amsterdam, fundado como galería nacional en 1815, o con los museos nacionales de Baviera de la Königsplatz de Munich, la construcción de los cuales comenzó en 1816 bajo las órdenes de Leo von Klenze. El mismo Museo del Prado, abierto al público en 1819 como colección real (no fue de hecho nacionalizado hasta 1868) era visto como un auténtico museo nacional puesto que reflejaba a través de las obras de los pintores españoles la identidad colectiva de un pueblo. Muy significativo es que en 1819 en Copenhague fuera inaugurado el Museo Nacional de Antigüedades con la intención de reunir y preservar piezas arqueológicas que mostraban los orígenes históricos del pueblo danés. En el otro extremo de Europa, la fundación de la moderna Grecia tras las guerras de liberación contra el Imperio otomano fue subrayada con la creación en 1829 en Egina del Museo Arqueológico Nacional destinado a poner en valor las antigüedades del mundo clásico. El fenómeno cruzó el Atlántico.¹⁹ Buenos Aires tuvo un museo de ciencias naturales en 1812 y Brasil creó en 1818, gracias a unas colecciones de arte donadas por el rey de Portugal, su Museo Nacional en la ciudad de Rio de Janeiro. En 1824, tras la independencia, Bogotá asistió a la apertura del Museo Nacional colombiano. Por su parte México instituyó en 1825 su Museo Nacional ubicado en la universidad capitalina, orientado a velar por los restos arqueológicos y los monumentos del país.

2.4.1.3. La Administración entra en la tutela patrimonial (1830-1860)

La misión del museo nacionalizado será dar a la idea de nación una dimensión tangible, corpórea, en la forma de los objetos reales depositados en el museo, que reflejará los logros materiales y espirituales tanto de la humanidad entera como muy especialmente de la propia nación. Ese templo de la patria, palacio de las artes al mismo tiempo en que se convierte

19. Es muy significativo el hecho de que la mayoría de los países iberoamericanos, al iniciar el camino de la independencia, tomaron como una de sus primeras medidas soberanas la protección legal de sus monumentos, escogiendo la vía de la nacionalización. El ejemplo francés pesó mucho.

el museo, pronto adquirirá una dimensión utilitaria añadida: la de servir a la educación de la ciudadanía. No es extraño, pues, que nuevas administraciones del estado-nación vayan amparándose de las instituciones museísticas y perfilen una incipiente gestión patrimonial. Francia, por ejemplo, crea una red de museos departamentales dependientes de la administración educativa desde 1814.

Se puede decir que los años 1830 contemplan la irrupción sostenida de verdaderas políticas patrimoniales públicas en buena parte de Europa. En Italia las autoridades de distintos estados crean departamentos técnicos y administrativos en las capitales históricas para contribuir a la preservación y la revalorización de los monumentos. En algunos estados alemanes tienen lugar desarrollos parecidos. En Francia, el ministro Guizot propone, mediante una Ley de Monumentos, la creación de una alta inspección de monumentos históricos que representará un paso fundamental para instituir una organización administrativa específica encargada de velar por el patrimonio. Prosper Mérimée, que asumirá el cargo de inspector jefe unos años más tarde, acreditará una labor ingente a pesar de tener que lidiar con la oposición de los propietarios; pondrá en marcha un servicio centralizado de Monumentos Históricos del cual emanará una Comisión de Monumentos encargada de repartir entre los monumentos designados los fondos destinados a la conservación.

Con la entrada en 1846 del arquitecto Viollet-le-Duc en la Comisión de Monumentos franceses se inicia la era de las grandes restauraciones de monumentos. Su genio, empuje y capacidad técnica le convertirán en la personalidad más influyente de Europa en el campo de la conservación de monumentos. Para Viollet, restaurar un edificio «no es mantenerlo, repararlo o rehacerlo, antes bien restablecerlo a un estado completo que pudo haber existido nunca». Conceder a fondo de la historia del arte, piensa que «cada edificio o parte del edificio ha de ser restaurada al estilo que le corresponde, no solamente como apariencia sino también como estructura». Con la restauración de la iglesia de la Magdalena de Vézelay, el recinto de la ciudad vieja de Carcasona y la catedral de Notre-Dame de París, entre otros grandes monumentos, Viollet reinventa la Edad Media con gran fortuna.²⁰

En España se producen procesos parecidos aunque con resultados desiguales. La revolución burguesa liberal de 1835, la quema de conventos y las subsiguientes leyes desamortizadoras de Mendizábal obligan al Estado a tomar medidas de carácter conservacionista ante el peligro de daños irrecuperables para el patrimonio histórico y artístico español. Como resultado al año, el Museo de Bellas Artes de Sevilla es uno de los primeros museos del país en formarse. Sin embargo, los primeros en reaccionar son a menudo los particulares y las asociaciones privadas. Entidades como la

20. Frente a Viollet-le-Duc se alza en las Islas Británicas la personalidad de Ruskin. Defensor acérrimo del ideal románico de que existió un pasado esplendoroso que los tiempos modernos no comprenden y por ello desprecian, Ruskin preconiza la inalterabilidad de las trazas físicas del pasado. Defensor del valor de lo auténtico frente a toda mixtificación, aboga por mantener un respeto distante con respecto a las ruinas y la mayor honestidad en la interpretación.

Real Academia de Bonaes Lletres de Barcelona o la Junta de Comerç se ven impelidas a intervenir en actividades de salvamento en Cataluña, ante el abandono y grado de destrucción que experimenta el patrimonio del país. De forma parecida actúan las Sociedades de Amigos del País en otros puntos de España.

En 1837 el gobierno liberal, promotor de las desamortizaciones, se ve abocado al reto de tener que decidir qué monumentos desamortizados merecen ser retenidos para la posteridad como propiedad pública. A tal efecto crea unas precarias Juntas Provinciales con la misión de seleccionar, reunir e inventariar bienes patrimoniales, tanto muebles como inmuebles. Estas Juntas serán transformadas en 1844 en unas Comisiones Provinciales de Monumentos mejor dotadas y con funciones más claras y precisas: identificar e inventariar los bienes del patrimonio público, reunir y custodiar los bienes en peligro de destrucción, y poner en marcha una red estatal de museos provinciales encargados de organizar territorialmente la conservación del patrimonio histórico-artístico español. Lo mejor de la erudición española participa en estas comisiones oficiales que desarrollan una febril actividad, colocando a la sociedad española ante un gran debate nacional sobre el futuro del patrimonio del país. La Comisión Provincial de Monumentos de Tarragona, por ejemplo, se plantea de entrada la salvación de los monasterios de Poblet y Santes Creus y la creación de un museo arqueológico que atienda al legado romano (fundado finalmente en 1849). En 1853 Víctor Balaguer insiste en la necesidad de salvar las «cua-tro perlas que lucen en el collar de Catalunya», esto es, los cuatro monasterios del románico que mejor identifican el pasado del país, según la visión impuesta por el Romanticismo: Poblet, Santes Creus, Ripoll²¹ y Sant Cugat, pero los trabajos de restauración se retrasan por causas muy variadas, lo que va en detrimento de la integridad de los monumentos. Mientras tanto en Barcelona, el arquitecto Elias Rogent, seguidor de Viollet, restaura la capilla gótica de Santa Ágata, convertida en improvisado museo-almacén de obras de arte procedentes de la Academia de Buenas Letras y la Comisión Provincial. En Madrid, J. Amador de los Ríos y los Madrazo destacarán pronto como eminentes figuras conservacionistas. Monasterios medievales, iglesias urbanas y ruinas romanas constituirán los principales objetivos conservacionistas en el conjunto del territorio español. Pero dos graves problemas atenzan la labor de las comisiones: una pobre finan-

21. Elias Rogent presentó una propuesta inicial de restauración del monasterio en 1865 y Martí Sureda, miembro de la Comisión de Monumentos de Gerona, otra en 1867. Rogent, seguidor de Viollet, pretendía una reconstrucción imaginativa del monasterio y Sureda, en la línea de Ruskin, abogaba por una restauración arqueológica que resaltara los valores del claustro y la portada. Hasta 1885 el Estado no cede el monasterio al obispado de Vic para que emprenda los trabajos de restauración. Mientras tanto la ruina del monumento avanza implacablemente y el expolio es cada vez más grande. Al fin vence Rogent quien, bajo el patronazgo del obispo Morgades, puede poner manos a la obra para restaurar el monumento, del cual apenas quedan algunos muros de las naves en pie. Tiene que inventar para poder reconstruir, y opta por inspirarse en unos vestigios románicos que, además, interpetra mal. En pocos años y con poco dinero culmina la obra, en la que también interviene Sureda, convirtiendo su trabajo en un modelo a seguir, puesto que en España apenas había entonces precedentes de restauraciones de este tipo de monumentos.

ciación y la desidia, cuando no la oposición, de propietarios y políticos locales. Al cabo de tres décadas, el balance de lo realizado no es satisfactorio: unos pocos museos provinciales más dotados y algunos proyectos de restauración de monumentos que se eternizan, todo ello a pesar de que la Ley de Instrucción Pública de 1857 obligaba a los gobernadores a crear museos provinciales en cada capital de provincia.

En Gran Bretaña la Administración pública permanece alejada de la tutela patrimonial. Sólo se ha comprometido, a instancias de particulares, en la fundación y desarrollo de dos grandes museos nacionales, el British Museum y la National Gallery. Los monumentos del pasado parece que interesan menos que los grandes proyectos industriales. Las primeras reacciones frente a los excesos de la Revolución industrial, que aparecen en la década de 1840 (el citado J. Ruskin constituiría un ejemplo muy representativo), se orientan desde el Estado a favor de extender y mejorar la instrucción popular, más que a salvar monumentos. Sin embargo, la autorización en 1845 a los Consejos Municipales de crear museos y bibliotecas pondrá las bases para la construcción desde abajo de una verdadera red de museos, con la colaboración de las asociaciones cívicas. La idea era llegar a las masas trabajadoras con el ofrecimiento de instrumentos de formación entre los que el museo no era el menos importante. A todo ello contribuirían también las *mechanic institutions*, entidades educativas emergidas de las escuelas de artes y oficios que proporcionaban ocio creativo a los trabajadores, reunían colecciones y organizaban exposiciones. De ahí saldrían muchos museos locales.

2.3.1.4. La época dorada del museo-templo del saber (1860-1914)

Una larga época dorada espera al museo institución hacia mediados del siglo XIX, que dura al menos hasta la primera gran guerra. El museo deviene un instrumento socializador al servicio de las elites y un instrumento científico al servicio del progreso. Si hablamos de ciencia debemos recordar que el historicismo es el sistema de pensamiento que orienta la museología y la conservación de monumentos durante la segunda mitad del siglo XIX, aliado con el positivismo. Para el historicismo, sin historia no hay conocimiento, así que se ello al estudio de las sociedades o al estudio de la naturaleza. Así, un monumento u objeto histórico o un espécimen natural valen en tanto que su historicidad se encarna en un lugar y un momento precisos, decantándose, por lo tanto, por la explicación generativa. Los museos tienden a mostrar el cambio, probar a los ojos de los visitantes la idea del progreso: evolución de la cultura material, caso de los museos de arqueología, evolución y distribución geográfica de las razas, caso de los museos de etnografía, etc. El positivismo añade rigor a toda búsqueda —cada vez más, los datos extraídos de la realidad pesan más que cualquier otra consideración, así como el esfuerzo por verificar todos los hechos—. El historicismo y el positivismo favorecen, en definitiva, la compartimentación y especialización de los saberes, cosa que fa-

la ordenación y la categorización, la conservación, y el estudio metódico de los fondos reunidos en los museos especializados.

El impacto social del museo crece extraordinariamente a lo largo del siglo XIX con la ayuda de la gran capacidad de simbolización que atesora y el prestigio intelectual que cosecha. Protegidos y financiados por los poderes públicos, los grandes museos reflejarán en sus fachadas sus atributos queriendo semejar verdaderas catedrales laicas del saber. Para el hombre corriente que apenas viaja y sólo dispone de la prensa para entrar en contacto con lo que sucede más allá de sus narices, el museo es un verdadero escaparate del mundo, una gran ventana abierta a la que asomarse, que prolonga en el tiempo y ofrece al detalle la apasionante experiencia de las grandes exposiciones universales, acercando las maravillas del mundo a grandes y pequeñas ciudades. Como las magnas exposiciones de las que saca enseñanzas, el museo quiere proporcionar a los ciudadanos de los países en desarrollo una experiencia instructiva, ejemplar, enriquecedora, en fin, una experiencia totalizadora.

En Gran Bretaña, tras cerrarse la primera Exposición Universal de 1851 con sede en el Crystal Palace de Londres, se abrió, con parte de los objetos expuestos, el Museum of Manufacture, con vocación de perdurar como testimonio de los progresos de la industrialización del siglo. Años después, aquel museo se convertiría en el Museo Victoria & Albert de artes industriales y decorativas, mientras se creaba un nuevo museo llamado Museo de la Ciencia con el fin de alojar los objetos tecnológicos. Así se enfatizaba una doble lectura para los productos de la era de la industria, la lectura artística y la científico-tecnológica. Pero las arqueologías nacionales también requerían de museos para su consagración. En Berlín lo que más tarde sería conocido como la «Isla de los Museos», en el centro de la ciudad, empezaba a adquirir consistencia como conglomerado museístico al construirse allí en 1855 el Neue Museum destinado a albergar antigüedades egipcias y nacionales, y complementar así la oferta del Altes Museum creado en 1830 para alojar las colecciones reales de arte. En favor de una naciente arqueología nacional —excavaciones en Mérida y Numancia— el gobierno español creó en 1867 por decreto, no lejos del Museo del Prado en Madrid, el Museo Arqueológico Nacional. En Francia, Napoleón III inauguraba en 1862 el Musée des Antiquités Nationales en el castillo real de Saint Germain-en-Laye, para mostrar los orígenes galo-romanos de Francia. Unos años más tarde, en 1879, en interés del arte y la educación, una iniciativa de Viollet-le-Duc, el Museo de las Esculturas Comparadas del Trocadero, se abrió a la ciudad de París para mostrar copias de esculturas y objetos de decoración de distintas épocas y servir de inspiración a las nuevas generaciones. La década de 1870 fue también crucial para los museos de los Estados Unidos de América. En 1870 se crean tres grandes museos: el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, el American Museum of Natural History de la misma ciudad y el Museum of Fine Arts de Boston, mientras que la Instrucción Smithsonianiana, fundada en 1846, adquiere bajo la batuta de G. Brown Goode un perfil de gran institución museística nacional. En todos estos museos norteamericanos —el caso de los bellos arte-

y el prestigio de la ciencia sobre todo— ha existido una estrecha colaboración entre patrocinio privado y corresponsabilización pública. En el campo de las ciencias naturales destaca la abertura al público en 1881 del Natural History Museum de Londres con colecciones procedentes del Museo Británico, alojadas ahora en un nuevo edificio situado en South Kensington. En Barcelona la iniciativa particular está en el origen de sus dos principales museos de ciencia: el Museo Martorell, creado en 1882 con las colecciones del erudito Francesc Martorell (actual Museo de Geología) y el Museo de Geología del Seminario, fruto de la iniciativa de Jaume Almera, fundado en 1874.

Pero una de las grandes aportaciones del siglo a la museología proviene del descubrimiento en Europa de las culturas populares nacionales. 1870 vuelve a ser un año crucial a efectos de grandes realizaciones. La doctrina del *Völksgesist* inspirada en Herder y en el movimiento romántico, al desviarse el carácter singular de los pueblos, se tradujo en una revalorización de la lengua, las tradiciones y las costumbres ancestrales, precisamente en un momento de cambio, de transición en Europa de las sociedades agrarias a las sociedades industriales.²² El interés por las raíces históricas de los pueblos, sobre todo en Centroeuropa y Escandinavia, no tiene un origen intelectual únicamente: las mismas clases medias y los estamentos políticos y administrativos están interesados en llegar a comprender el espíritu que mueve a los pueblos, base de las naciones modernas, que los distingue de otros pueblos. De esta manera nace en el área escandinava un nuevo proyecto museístico, el museo *folk*, que se interesa por las tradiciones y busca poner de relieve las diferencias entre el pasado y el presente a base de recuperar la cultura campesina, la propia cultura vernácula que es donde se piensa que reside la esencia de las naciones modernas. El museo *folk* reúne los objetos comunes de la gente del pueblo como herramientas y vestidos, útiles domésticos y sencillos objetos decorativos, sin olvidar las mismas casas, casi siempre de madera en las latitudes septentrionales, y recupera tradiciones festivas, poesía popular, cuentos y canciones. En sus propuestas, como veremos, nunca deja de lado la interacción comunidad local-medio ambiente.

El alma del movimiento *folk* en Escandinavia fue el doctor Hazelius, filólogo y arqueólogo sueco que supo asociar, en un proyecto museológico renovador, la cultura popular tradicional objeto de la investigación etnológica con las producciones materiales de las culturas antiguas que le proporcionaba la arqueología. Hazelius, después de trabajar en arqueología, recorrió su país natal en busca de aquellas «cosas viejas» que la gente tendía a tirar para adaptarse a los nuevos tiempos. En 1873 en su propia casa de Estocolmo fundó el primer museo *folk*, el Museo de Etnografía Escandinava. Este museo fue el origen del futuro Museo Nórdico, creado

22. Paralelamente en los Estados Unidos de América, hacia el mismo 1870, se desarrolla la idea de los parques nacionales sobre grandes extensiones de tierra salvaje del Oeste como hito conservacionista. Aquí, a falta de culturas nacionales que salvar, es la tierra primgenia, su carácter y sus bellezas, lo que adquiere valor totémico. Y ello coincide significativamente con la apertura de las primeras reservas para los indios americanos.

en 1880 como museo nacional de la cultura popular sueca. Pronto el museo incorporaría una innovación destacable: sobre un extenso dominio cedido, situado en las afueras de la capital, organizaría un museo al aire libre, Skansen, destinado a alojar ejemplos de arquitectura popular con sus instalaciones, huertos y jardines. En pocos años, Hazelius y sus sucesores trasladaron pieza a pieza y reconstruyeron una colección representativa de casas de campo típicas, que llenaron de los objetos *folk* adecuados y rodearon del paisaje más apropiado. Rápidamente noruegos y daneses crearon sus propios museos *folk* al aire libre. Así, casi de forma contemporánea, se crearon en Noruega el Sandvigske Samlingen en la población de Lillehammer, iniciativa de un acaudalado dentista local, y el Norks Folkmuseum de Oslo, nacionalizado inmediatamente. En Dinamarca hizo las veces el Danks Folk Museum de Copenhague. Tras el éxito escandinavo el modelo fue adoptado en Rusia y otros países del este europeo hacia principios del siglo XX, y progresivamente en todos los países centroeuropeos, siendo exportado finalmente a los Estados Unidos y el Pacífico.

2.4.1.5. El valor de lo local

El campo de la etnología regional no agota sus posibilidades en los museos llamados *folk* con su sección al aire libre. En Francia, el culto por el terruño lleva en 1879 a la creación en París de un Museo Etnográfico de ámbito nacional que pretende mostrar la riqueza cultural de las regiones de Francia en una época que presiente la uniformización y se ve dominada por poderosas fuerzas centripetas. Pero el amor al terruño se traduce especialmente en el auge que experimenta el museo local al agotarse el siglo. En Alemania surge el fenómeno de los museos locales llamados *Heimatmuseen*, que se caracterizan por exaltar el valor de la cultura popular del lugar enmarcada en el denominador común de lo germano y del pangermanismo. En el Reino Unido se configura una tupida red de museos locales que hacen de contrapeso popular a una estructura de museos nacionales orientada hacia la investigación. En los Estados Unidos de América cristaliza un modelo de pequeños museos locales de historia fruto de la actividad individual y el entusiasmo patriótico de las *historical societies*, que complementa la labor museística de una institución ejemplar de alcance federal como es la Smithsonian Institution localizada en Washington. En la Italia recién unificada aparece el *museo civico* para atender a la diversidad de las realidades regionales y locales. En los países escandinavos se impone la orientación etnográfica regional y local que produce a escala, en las ciudades pequeñas, el modelo de Skansen.

Lo local visto desde la ciudad que crece rápidamente y se transforma da museos como el Museo Carnavalet en París, creado en 1866 por iniciativa del urbanista y reformador Haussmann como museo de historia de la ciudad, para mayor gloria de la nueva capital cultural del mundo. Muchos otros en distintas ciudades (Museo de Historia de la Ciudad de Barcelona, Museo de Historia de la Ciudad de Varsovia, Museo de Historia de la Ciudad de Amsterdam...) nacerán para celebrar un pasado urbano que se pretende

glorioso pero que periclitaba y desaparece engullido ante el avance de la modernidad.

En Cataluña, el amor a la tierra se mide, a finales del siglo XIX, por la afición a las cosas antiguas, hasta el punto que el apelativo catalanista se hace sinónimo de amante de la arqueología. Para conocer el arte, la historia y la arqueología del país se impone el excursionismo, escuela de conservacionistas renombrados como Puig i Cadafalch o Jeroni Martorell, que promocionan entidades como la *Associació Catalana d'Excursions* o, desde 1891, el *Centre Excursionista de Catalunya*. Estas entidades desde el sector privado o sociedad civil intervienen activamente en la conservación del patrimonio del país tanto con sus propios proyectos como ejerciendo una fuerte presión sobre la Administración. La colección Santacana de artes decorativas, convertida en el Museo L'Enrajolada de Martorell hacia 1880, el Museo Víctor Balaguer de Vilanova i la Geltrú, creado en 1882, y el Archivo-Museo de Ripoll, de carácter etnográfico, fundado en 1914, son tres buenos ejemplos de museos fruto de la iniciativa individual local creados al margen de las estructuras oficiales de base provincial o nacional.

2.4.2. CONSOLIDACIÓN Y CRISIS EN EL SIGLO XX

2.4.2.1. El esfuerzo conservacionista y la ley en las primeras décadas del siglo XX

El esfuerzo conservacionista alentado por las administraciones públicas va concentrándose e intensificándose conforme avanza aquel largo siglo de los museos. Desde una perspectiva del presente, a cien años vista, puede parecer que tales esfuerzos fueron pocos y dispares, altamente azarosos y bastante discontinuos, conscientes como somos de cuanto sucumbió en el camino ante el imparable avance de los desarrollos de la modernidad, fundamentalmente de la urbanización y la industrialización. Ciertamente la primacía del derecho a la propiedad privada frente a los intereses públicos y, en consecuencia, la insuficiencia de los instrumentos legales y gubernativos puestos a disposición de la conservación pesaron mucho, así como pesó una frágil voluntad política que se tradujo en una débil exigencia en el cumplimiento de la ley y en una insuficiente asignación de fondos. El mito del progreso y los intereses creados frenaron a las elites, los únicos sectores sociales que podían reclamar con fuerza una mayor conservación del patrimonio, y ello a pesar de su supuesto «patriotismo».

El Reino Unido, por ejemplo, no dio luz verde hasta el año 1882 al primer texto jurídico significativo de protección de monumentos antiguos, tras diez años de discusiones. Ante tantas precauciones y ambigüedades tuvieron que ser tres miembros de la alta burguesía los que en 1895 fundaron el *National Trust*, una organización privada dedicada a contribuir a la conservación del patrimonio histórico de una forma directa y eficaz: comprando casas solariegas, palacios, jardines y parajes de interés histórico y natural, sólo con la finalidad de conservarlos. En 1907 el Estado otorgó al

National Trust el derecho a declarar inalienables sus bienes para así poderlos conservar con plenas garantías en beneficio de la sociedad. El *National Trust* hizo y sigue haciendo con eficacia una labor de sustitución de una Administración absentista en el terreno de la preservación patrimonial; sus frutos pueden degustarse hoy con admiración y sana envidia. Francia concluye en 1887 un proceso de ordenación jurídica que afecta el patrimonio histórico, parecido en su timidez al citado para el Reino Unido, por lo que es explicable que la promulgación de la ley proteccionista no evitara la venta del Claustro de Sant Miquel de Cuixà en los Pirineos. En 1913 la ley fue mejorada y ampliada, fijándose de forma definitiva el procedimiento para catalogar monumentos. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Francia, que ha impulsado recientemente la protección de monumentos históricos, cuenta con 4.800 bienes muebles e inmuebles declarados monumentos históricos, siendo el país que más declaraciones presenta. En Alemania se concibe en 1904 el *Heimatschutz* como el instrumento más adecuado de gestión estatal para proteger al unisóno las áreas de interés natural y los monumentos históricos. México aprueba en 1896 una Ley de Monumentos que insiste en el carácter nacional del patrimonio histórico-arqueológico del país, y procede a regular las actividades arqueológicas.²³

En España se aprueban dos leyes complementarias de alta significación proteccionista en los años 1911 y 1915. La primera regula las excavaciones arqueológicas y la segunda, conocida como de «Conservación de monumentos históricos y artísticos», establece las bases para una protección real y una catalogación adecuada de los monumentos. A tal efecto tipifica como monumentos históricos y artísticos a las obras con mérito suficiente, reconocidas como tales en los respectivos expedientes de catalogación. Hasta ese momento las catalogaciones de monumentos efectuadas en España habían sido muy escasas y aleatorias; durante las dos décadas siguientes se incrementará el ritmo de declaraciones de monumentos, aunque no será hasta la época de la II República cuando se dará el impulso definitivo a la protección efectiva de los monumentos. La República declaró de golpe a más de setecientos monumentos repartidos por toda la geografía española, mejoró los procedimientos de catalogación, y trató de dar un aire sistemático y global al proceso.

Las pérdidas patrimoniales provocadas por la Primera Guerra Mundial supusieron un aldabonazo para las conciencias. Las democracias que renacen tras la contienda, más sensibles a los problemas sociales y culturales de la sociedad, dan pasos seguros hacia adelante en relación a la salvaguarda y conservación del patrimonio. La Constitución alemana de la República de Weimar, de 1919, será la primera constitución europea que aborde directamente la cuestión de la defensa global del patrimonio his-

23. Mientras la mayoría de los países del Centro y Sur de América mantienen sin reservas el carácter nacional de sus monumentos precolombiales a lo largo del siglo XX, los Estados Unidos de América no reconocen hasta 1892 la existencia de un patrimonio indígena suficientemente valioso como para dedicar esfuerzos públicos en su protección. Ese año vio cómo se declaraba la primera reserva cultural, el Monumento Nacional de Casa Grande, de los indios pueblo, al sur de Arizona.

hórico de un Estado al reconocer una titularidad pública sobre el patrimonio histórico del país. Sobre este modelo que encontramos también en la Constitución austríaca de la misma época, la Constitución española de la República, de 1932, no duda en atribuir al Estado el compromiso ineludible de conservar el patrimonio histórico del país. Así lo expresa el artículo 45: «Toda la riqueza artística e histórica del país, sea quien fuese su dueño, constituye el Tesoro Cultural de la Nación, y estará bajo la salvaguardia del Estado.» El esfuerzo de la República española en patrimonio, a tener en cuenta lo que se obliga por ley, no puede subestimarse, sobre todo a la vista del poco tiempo del que dispuso para trabajar y las dificultades que enfrentó. En 1939 había en España 1.145 monumentos declarados y una reglamentación puesta al día, a la altura de los tiempos.

2.4.2.2. *Progresos y nuevos criterios en la gestión patrimonial*

Mil novecientos caen visto desde la perspectiva de principio del siglo XXI representa la culminación de toda una época. Los grandes museos-tiemplos del saber le antan con orgullo sus imponentes fachadas decimonónicas en distintas ciudades del hemisferio occidental. En su interior, salas de exposición y almacenes se ven repletos de tesoros traídos de distintas partes del orb. Muchos de estos tesoros, obtenidos gracias al colonialismo, provienen de países lejanos y exóticos, y son la admiración de los orgullosos europeos. Wilhelm Bode muestra al káiser, satisfecho, los progresos realizados en la Isla berlinesa de los Museos, que ya empieza a hacerse a un complejo museístico digno de un imperio. La Puerta de Istar y la Via Proceso de Babilonia estaban siendo estudiadas, igual que el Altar de Pérgamo, para ser montadas en lo que será el nuevo Museo Pergamon (inaugurado en 1930). En 1897 Bode había puesto en marcha la que sería la primera asociación de amigos de los museos, la Kaiser Friedrich Museums Verein, para contribuir al desarrollo de los museos de Berlín, y en concreto del nuevo Museo Kaiser Friedrich que Bode estaba proyectando en aquel momento (que luego llevaría su nombre). Aunque entonces no lo saben, para Bode y toda Alemania se acaba una época dorada en la que ha sido relativamente fácil amasar tesoros del arte y la cultura.

El período de entreguerras es un período clave para la historia de la humanidad, también lo es para la historia de los museos y el patrimonio. En el terreno legislativo se sigue progresando pero donde más cambian las cosas es en el terreno de la gestión diaria. En pocos años se producen profundos avances en la gestión del patrimonio tanto dentro como fuera de los museos. Muchas de estas innovaciones sólo quedarán apuntadas ya que las profundas crisis que se ciernen sobre el mundo —crisis económica de los años 1930, revoluciones, guerra mundial— impedirán que den fruto suficiente hasta la década de 1950 o 1960. La noción de uso social del patrimonio arraiga y se generaliza a partir de los años 1920-1930, al tiempo que se clarifica y amplía la misma noción de patrimonio. Museos y conservadores se vuelven más sensibles a las demandas de un público en aumento y se muestran partidarios de hacer cesar protección, divulgación

y estudio. Aparecen nuevos servicios como los museos circulares, se generaliza la práctica de prestar obras para realizar grandes exposiciones temporales, se facilitan las visitas escolares; en los museos se empiezan a crear departamentos pedagógicos. La museografía avanza rápidamente en especial en lo que se refiere a la iluminación, la rotulación y los sistemas de exposición y almacenamiento. Hay preocupación por lo que el público pueda sacar de su visita al museo; hay interés en conocer sus gustos y necesidades, por lo que los museólogos se deciden a preguntar directamente y manejar encuestas y estudios de público. Los conservadores-restauradores se preocupan por incorporar los últimos descubrimientos científicos a las tareas de preservación de los objetos en custodia. El trabajo de los conservadores se profesionaliza, pues, hasta el punto de que se hacen necesarias unas asociaciones profesionales que defiendan la profesión y faciliten la formación continuada de sus asociados (la Museums Association británica, pionera en este campo, fue fundada en 1889). También nacen las primeras escuelas de museología.

La misma noción de conservación del patrimonio inmueble evolucionaba. Se hace inaceptable la idea decimonónica de la unidad de estilo que había presidido, hasta entonces, cualquier trabajo de restauración. Se fueron abandonando los viejos criterios restauracionistas que perseguían recrear una visión de cómo había sido el edificio sometido a restauración por la vía de recuperar una unidad de estilo que correspondiese a la idea supuestamente original de la obra. Se impone como alternativa la idea de la conservación por la conservación, basada en el respeto al objeto tal como nos ha llegado, respetando las aportaciones sucesivas que las distintas épocas han incorporado hasta dar con la forma que el objeto patrimonial presenta en el momento presente. Esta es la filosofía del conservador italiano Camillo Boito que preconiza limitar las intervenciones sobre los objetos patrimoniales a lo estrictamente necesario, mientras defiende la diferenciación de materiales utilizados en las restauraciones.²⁴ Tales nuevos criterios son adoptados en España por arquitectos como Torres Balbás, Pijoan o Puig i Cadafalch. El Servicio de Conservación y Catalogación de Monumentos de la Diputación Provincial de Barcelona, dirigido por Jeroni Martorell, influenciado por las corrientes racionalistas en arquitectura,

24. Esta es también en esencia la filosofía que llega a nuestros días avalada por el prestigio de la escuela italiana de restauradores desde Boito, a Colalucci, pasando por Cesare Brandi. En los años 1950, con Brandi, la restauración deja definitivamente de ser un arte que se aplica según el criterio personal del restaurador para convertirse en una ciencia rígida amparada por unas normas muy claras. Algunos de los criterios incontestables de esta filosofía son, por ejemplo, que la obra de arte está por encima del gusto del restaurador; que el restaurador debe señalar de alguna manera lo que ha sido objeto de su intervención sin caer por ello en la tentación de estampar en la obra su propia firma, y que en cualquier caso hay que salvar la historia entera del monumento, por lo que no se puede eliminar una parte de la obra realizada en un determinado sitio para recuperar otra de un estilo anterior. Estos planteamientos han funcionado en Italia y otros países del entorno, ricos en patrimonio; sin embargo, en otros países con menos patrimonio se suele admitir una forma de intervenir menos limitativa, por lo que las reconstrucciones completas de obras de arte y monumentos siguen a la orden del día ante la exigencia social de rescatar patrimonio «al precio que sea».

tórico de un Estado al reconocer una titularidad pública sobre el patrimonio histórico del país. Sobre este modelo que encontramos también en la Constitución austríaca de la misma época, la Constitución española de 1932, no duda en atribuir al Estado el compromiso ineludible de conservar el patrimonio histórico del país. Así lo expresa el artículo 45: « Toda la riqueza artística e histórica del país, sea quien fuese su dueño, constituye el Tesoro Cultural de la Nación, y estará bajo la salvaguardia del Estado... » El esfuerzo de la República española en patrimonio, a tenor de lo que se obliga por ley, no puede subestimarse, sobre todo a la vista del poco tiempo del que dispuso para trabajar y las dificultades que encontró. En 1939 había en España 1.145 monumentos declarados y una reglamentación puesta al día, a la altura de los tiempos.

2.4.2.2. *Progresos y nuevos criterios en la gestión patrimonial*

Mil novecientos catorce visto desde la perspectiva de principio del siglo XXI representa la culminación de toda una época. Los grandes museos-temple del saber levantan con orgullo sus imponentes fachadas decimonónicas en distintas ciudades del hemisferio occidental. En su interior, salas de exposición y almacenes se ven repletos de tesoros traídos de distintas partes del orbe. Muchos de estos tesoros, obtenidos gracias al colonialismo, provienen de países lejanos y exóticos, y son la admiración de los orgullosos europeos. Wilhelm Bode muestra al káiser, satisfecho, los progresos realizados en la Isla berlinesa de los Museos, que ya empieza a parecerse a un complejo museístico digno de un imperio. La Puerta de Istar y la Vía Procesional de Babilonia estaban siendo estudiadas, igual que el Altar de Pérgamo, para ser montadas en lo que será el nuevo Museo Pergamon (inaugurado en 1930). En 1897 Bode había puesto en marcha la que sería la primera asociación de amigos de los museos, la Kaiser Friedrich Museums Verein, para contribuir al desarrollo de los museos de Berlín, y en concreto del nuevo Museo Kaiser Friedrich que Bode estaba proyectando en aquel momento (que luego llevaría su nombre). Aunque entonces no lo saben, para Bode y toda Alemania se acaba una época dorada en la que ha sido relativamente fácil amasar tesoros del arte y la cultura.

El período de entreguerras es un período clave para la historia de la humanidad, también lo es para la historia de los museos y el patrimonio. En el terreno legislativo se sigue progresando pero donde más cambian las cosas es en el terreno de la gestión diaria. En pocos años se producen profundos avances en la gestión del patrimonio tanto dentro como fuera de los museos. Muchas de estas innovaciones sólo quedarán apuntadas ya que las profundas crisis que se ciernen sobre el mundo —crisis económica de los años 1930, revoluciones, guerra mundial— impedirán que den fruto suficiente hasta la década de 1950 o 1960. La noción de uso social del patrimonio arraiga y se generaliza a partir de los años 1920-1930, al tiempo que se clarifica y amplía la misma noción de patrimonio. Museos y con-

y estudio. Aparecen nuevos servicios como los museos circulantes, se generaliza la práctica de prestar obras para realizar grandes exposiciones temporales, se facilitan las visitas escolares; en los museos se empiezan a crear departamentos pedagógicos. La museografía avanza rápidamente especial en lo que se refiere a la iluminación, la rotulación y los sistemas de exposición y almacenamiento. Hay preocupación por lo que el público pueda sacar de su visita al museo; hay interés en conocer sus gustos y necesidades, por lo que los museólogos se deciden a preguntar directamente y manejar encuestas y estudios de público. Los conservadores-restauradores se preocupan por incorporar los últimos descubrimientos científicos a las tareas de preservación de los objetos en custodia. El trabajo de los conservadores se profesionaliza, pues, hasta el punto de que se hacen necesarias unas asociaciones profesionales que defiendan la profesión y faciliten la formación continuada de sus asociados (la Museums Association británica, pionera en este campo, fue fundada en 1889). También nacen las primeras escuelas de museología.

La misma noción de conservación del patrimonio inmueble evoluciona. Se hace inaceptable la idea decimonónica de la unidad de estilo que había presidido, hasta entonces, cualquier trabajo de restauración. Se fueron abandonando los viejos criterios restauracionistas que perseguían crear una visión de cómo había sido el edificio sometido a restauración por la vía de recuperar una unidad de estilo que correspondiese a la idea supuestamente original de la obra. Se impone como alternativa la idea de la conservación por la conservación, basada en el respeto al objeto tal como nos ha llegado, respetando las aportaciones sucesivas que las distintas épocas han incorporado hasta dar con la forma que el objeto patrimonial presenta en el momento presente. Ésta es la filosofía del conservador italiano Camillo Boito que preconiza limitar las intervenciones sobre los objetos patrimoniales a lo estrictamente necesario, mientras defiende la diferenciación de materiales utilizados en las restauraciones.²⁴ Tales nuevos criterios son adoptados en España por arquitectos como Torres Balbás, Pijoan o Puig i Cadafalch. El Servicio de Conservación y Catalogación de Monumentos de la Diputación Provincial de Barcelona, dirigido por Jeroni Martorell, influenciado por las corrientes racionalistas en arquitectura,

24. Ésta es también en esencia la filosofía que llega a nuestros días avalada por el prestigio de la escuela italiana de restauradores desde Boito a Colalucci, pasando por Cesare Brandi. En los años 1950, con Brandi, la restauración deja definitivamente de ser un arte que se aplica según el criterio personal del restaurador para convertirse en una ciencia rigida amparada por unas normas muy estrictas. Algunos de los criterios incontestables de esta filosofía son, por ejemplo, que la obra de arte está por encima del restaurador; que el restaurador debe señalar de alguna manera lo que ha sido objeto de su intervención sin caer por ello en la tentación de estampar en la obra su propia firma, y que en cualquier caso hay que salvar la historia entera del monumento, por lo que no se puede eliminar una parte de la obra realizada en un determinado estilo para recuperar otra de un estilo anterior. Estos planteamientos han funcionado en Italia y otros países del entorno, ricos en patrimonio; sin embargo, en otros países con menos patrimonio se discute por demasiado rigida esta filosofía. En la Europa del norte y del este, por ejemplo, se suele admitir una forma de intervenir menos limitativa, por lo que las reconstrucciones completas de obras de arte y monumentos siguen a la orden del día ante la exigencia social de rescatar patrimonio.

representará en Cataluña lo mejor de estas tendencias renovadoras que valorarán, tanto como la historia, la función del edificio, su utilidad, el coste de la restauración y su repercusión social. Este modelo departamental en los años de la Mancomunidad de Cataluña²⁵ (1914-1925) institucionalizará definitivamente la conservación monumental en el país.

El primer manifiesto internacional sobre conservación del patrimonio arquitectónico es la Carta de Atenas de 1931. Haciéndose eco de los nuevos conceptos que recorren Europa, la Carta pide que se respete la historia de los monumentos insistiendo en la legitimidad y valor de todos los estilos artísticos. En Atenas se fija por primera vez la prioridad de la conservación por encima de la restauración con lo que nace la noción de conservación preventiva. Pero Atenas va más lejos; la denominación de patrimonio recibe su definitivo impulso, instando a los estados a cooperar solitariamente en los ámbitos jurídico y técnico en bien de la preservación del patrimonio de la humanidad.

2.4.2.3. Una crisis de los años treinta y cuarenta que no es universal

Definitivamente puede hablarse de crisis en la museología europea durante los años 1930 y 1940. Lo será con respecto a los museos de una parte de Europa sometida a las penurias y amenazas de la revolución y la guerra. Especialmente la guerra y la inmediata posguerra constituirán un evidente pasar página. Sin embargo, la misma época es época de extraordinario crecimiento para la museología de las nuevas grandes potencias como son la URSS, Estados Unidos y Japón, aunque por razones opuestas (también en la Alemania nazi). En Iberoamérica y el área del Pacífico, los museos experimentan también notables progresos.²⁶

Los totalitarismos de cualquier signo ven en el museo un instrumento eficaz de adiestramiento y movilización en favor de sus propuestas políticas ideológicas. Por esta razón promueven intensamente el desarrollo museístico. El nazismo alemán, por ejemplo, instrumentalizará los *Heimattmuseen* hasta el punto de subvertir su lugar en la cultura alemana contemporánea. También utilizará abusivamente la arqueología y la museología como arma política, igual que la Italia de Mussolini.²⁷ El triunfo del comunismo en Rusia permitirá salvar un patrimonio riquísimo en manos de las clases dominantes hasta aquel momento. El Hermitage (nominalmente pertene-

25. La Mancomunidad de Cataluña, institución que reúne por unos años a efectos de mejora de la administración pública regional las cuatro provincias catalanas, se compromete también a trabajar sobre bases más científicas las colecciones y los museos del país. A tal efecto crea una Unidad de Museos que realiza un meritorio trabajo, especialmente con los museos de Barcelona, cuyos frutos llegan hasta nuestros días.

26. Durante las primeras décadas del siglo se fundan el Museo Geográfico y Geológico en São Paulo y el Museo Sirón Bolívar en Caracas, además de otros muchos museos regionales y locales esparcidos por la geografía iberoamericana.

27. La conmemoración en 1937 del segundo milenario de Augusto fue aprovechada por el régimen de Mussolini para organizar una extraordinaria exposición internacional sobre la época romana con materiales procedentes de la mayoría de los países romanizados, que incluía una gran maqueta de la Roma de la época de Constantino. Fue una especie de apoteosis del régimen fascista justo antes de iniciar su declive.

ciente a la familia real hasta 1917, aunque museo público desde 1852) fue nacionalizado y convertido en un gran centro educativo. En tanto que instrumento reconocido para la formación cultural y sociopolítica de las masas, los museos en general recibieron un trato de favor en la URSS. El período de máxima expansión fue entre 1921 y 1936 cuando llegaron a crearse 542 nuevos museos diseminados por el inmenso país. El museo de historia fue la estrella de los museos soviéticos puesto que facilitaba articular un discurso acorde con los principios del materialismo histórico.

En Polonia tras la Segunda Guerra Mundial se llevó a cabo una movilización de energía y esfuerzo sin precedentes para reconstruir lo destruido por los bombardeos. Los centros históricos de ciudades como Varsovia o la vieja Danzig o Gdansk se reconstruyeron piedra a piedra a partir de planos y fotografías con el fin de devolver a la ciudad a su condición anterior. Las novísimas ciudades recuperaron a los pocos años la misma apariencia de siempre, de modo que hoy pueden visitarse como verdaderos museos de historia al aire libre poblados de réplicas que se parecen a los objetos auténticos (los edificios históricos y la arquitectura vernácula) como dos gotas de agua.

En los Estados Unidos los museos experimentan enormes progresos. Muchas innovaciones, especialmente en los aspectos didácticos y de gestión, que caracterizarán la museología del siglo XX, tienen su fundamento en los museos norteamericanos entre los años 1916-1942. En aquel país existe un clima social propicio al desarrollo de los museos y abunda el dinero. Para determinados críticos, los museos norteamericanos constituirían un fenómeno nuevo y excepcional puesto que entendían la modernidad y por ende la conservación del patrimonio histórico de manera distinta a los viejos museos europeos lastrados por la historia. En palabras de F. H. Taylor, director del MOMA (1929), los museos constituían en América un fenómeno singular, «desarrollados por el pueblo, desde el pueblo y para el pueblo». Taylor con estas palabras subrayaba el carácter democrático y popular de los museos norteamericanos y los contraponía a los europeos considerados elitistas. Excepcional y distintivo es sin duda el sistema de financiación que desarrollan basado en un fuerte apoyo social liderado por los grandes magnates de la industria. Estos, los Mellon, Frick, Ford, Rockefeller, Pierpont Morgan, etc., ceden importantes legados a los museos y nutren a fundaciones que los respaldan o gestionan. En algunos casos encabezaban proyectos museísticos como Rockefeller Jr., quien en 1926 financia y dirige la restauración de Colonial Williamsburg, o Henry Ford que crea Greenfield Village, un museo al aire libre que glosa la vida tradicional americana del medio oeste. Aparte de los museos de arte (se acaba de citar el MOMA, y hay que citar también a la National Gallery de Washington, abierta en 1941 y llenada por el magnate Mellon, entre otros), los museos que obtienen un mayor éxito de público son los museos de ciencia y tecnología. Inspirados en el mítico Deutsches Museum de Munich, creado en 1903 por Oskar von Miller, en pocos años museos como el Museo de la Ciencia y la Industria de Chicago rivalizan con el museo alemán y se afanan por desarrollar proyectos museográficos que enfatizan el atractivo de la puesta en escena, la llamada a la participación y el valor pedagógico.